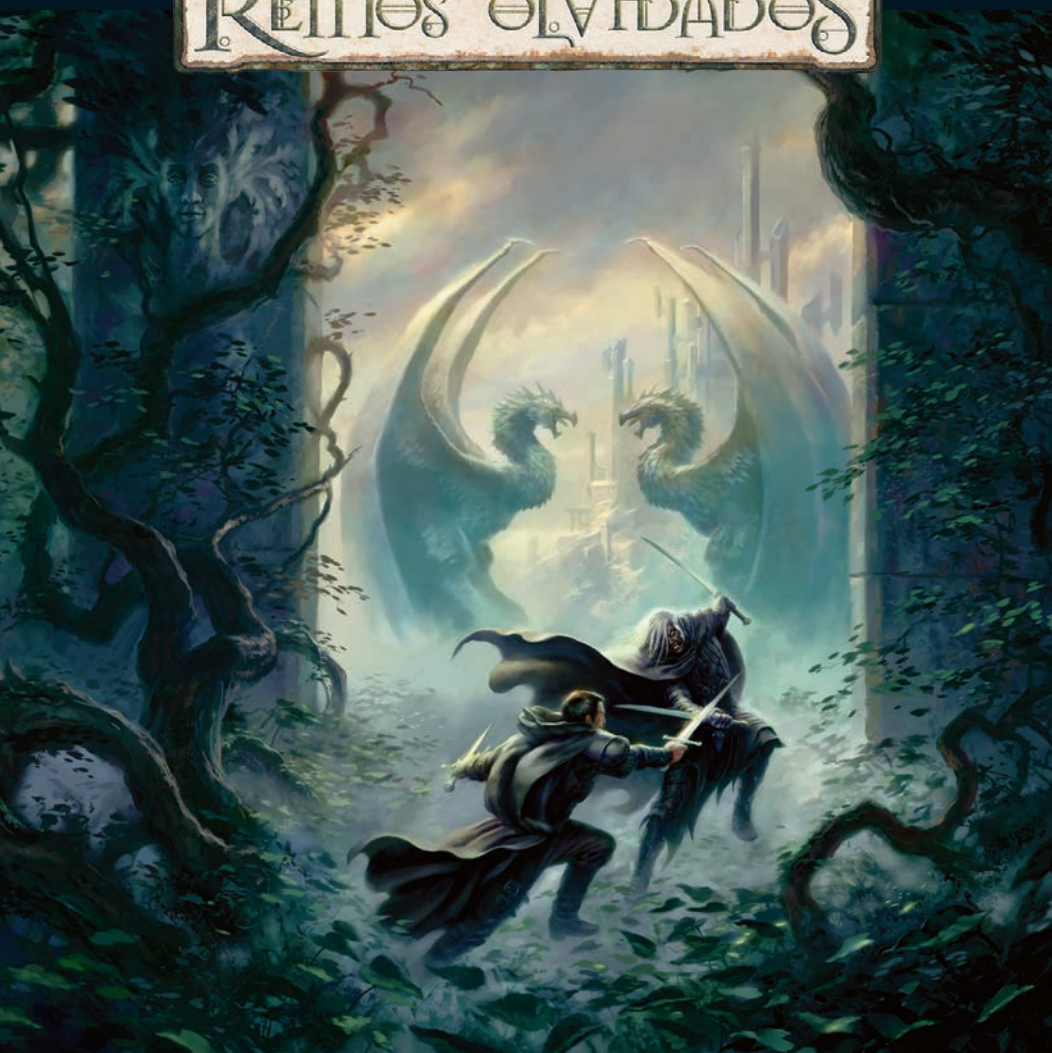


R.A. SALVATORE

Neverwinter

LA LEYENDA DE DRIZZT

REINOS OLVIDADOS®



NEVERWINTER · VOLUMEN 2

minotauro



NEVERWINTER

NEVERWINTER II

R. A. SALVATORE

minotauro

Neverwinter nº 02/04 Neverwinter

© 2011 Wizards of the Coast LLC.

© 2025 Wizards of the Coast LLC. All Rights Reserved. Licensed by Hasbro.
Originally published as *Neverwinter: The Neverwinter Trilogy, Book II*

Wizards of the Coast, Dungeons & Dragons, D&D, their respective logos, The Forgotten Realms, The Legend of Drizzt, and the dragon ampersand are registered trademarks of Wizards of the Coast LLC in the U.S.A. and other countries.

All characters in this book are fictitious. Any resemblance to actual persons, living or dead, is purely coincidental. All Wizards of the Coast characters, character names, and the distinctive likenesses thereof, and all other Wizards trademarks are property of Wizards of the Coast LLC.

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2025 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

Traducción: © Emma Fondevila, © Olaya Muñoz Fondevila

Rediseño de cubierta: Coverkitchen

Imagen de cubierta: Todd Lockwood

ISBN: 978-84-450-1101-0

Depósito legal: B. 18.302-2023

Printed in EU / Impreso en UE.

US, Canada,
Asia, Pacific & Latin America:
Wizards of the Coast, Inc. Way
P.O. Box 707
Renton, WA 98057-0707
+1-800-324-6496



European Headquarters:
Hasbro UK Ltd Newport,
Gwent NP9 0YH GREAT
BRITAIN

Visit our web site at www.wizards.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

PERSPECTIVAS DE UNA MATANZA

Sylora Salm estaba de pie junto a la nube de cenizas del floreciente anillo de pavor, removiéndose inquieta. Sabía lo que se estaba jugando. Una hueste de elementales de agua y de magia residual de la Torre de Huéspedes del Arcano había vuelto a atrapar a sus exploradores. No había una segunda erupción de magnitud primordial. La tierra ya no temblaba a diario bajo sus pies.

Sus enemigos habían evitado la catástrofe.

Sylora se quedó mirando fijamente las cenizas y casi pudo percibir cómo disminuían. Contaba con un cataclismo volcánico para fortalecer a su bestia mágica, aquel anillo de pavor que se alimentaba de la muerte.

Siguió removiéndose inquieta. Si ella se daba cuenta de su fracaso, también lo hacía el ser que se aproximaba hacia ella desde el velo gris oscuro.

Podía oír cómo le latía fuertemente el corazón. Tras ella, Jestry Rallevin, el fanático ashmadai que se había convertido en su consejero más cercano, tragó saliva.

—Puedo sentirlo —susurró.

Jestry Rallevin no era un ashmadai cualquiera. A pesar de su juventud (apenas superaba la veintena) y su falta de experiencia, era un hombre que llamaba la atención y suscitaba respeto entre los fanáticos, tanto por su llamativo aspecto físico (hombros anchos, cabello y ojos oscuros, y de mirada melancólica) como por su disposición para entregarse a la causa con total dedicación. Además sabía luchar, tenía

un equilibrio perfecto y golpeaba con precisión y fuerza. Sylora se lamentó en silencio, pensando que ojalá hubiera sabido lo diestro que era antes de los pocos enfrentamientos con las fuerzas netherilianas que había habido recientemente. Podría haber usado a Jestry para tentar a la vil Dahlia y acabar después por fin con esa bruja.

Aquello hizo que se acordara de Temberle, otro consorte de gran fuerza física que había compartido con Dahlia, y al que ésta había asesinado antes de partir hacia el oeste. Le lanzó una mirada a Jestry y lo comparó con Temberle.

En su opinión, no había ni punto de comparación. Éste, que era un verdadero fanático, habría hecho pedazos a Temberle si hubieran llegado a enfrentarse. ¿Habría hecho lo mismo, o llegaría a hacer lo mismo, con Dahlia? Sin lugar a dudas, era un pensamiento agradable y fascinante.

—Sylora, está al llegar —repitió Jestry.

La mujer asintió con un gesto de cabeza y sin articular palabra, temiendo romper el silencio absoluto que reinaba entre las cenizas inertes. Había comprendido que Szass Tam se aproximaba en cuanto éste concentró su energía mágica en el anillo de pavor. Dejó caer los hombros y esperó en el borde. No quiso entrar para recibirlo, ya que en el interior del anillo de pavor el poder de Szass Tam era demasiado terrible como para que pudiera soportarlo.

Detrás de ella oyó que Jestry se pasaba la lengua por los labios, nervioso. Deseaba desesperadamente que parase, pero no se atrevió a decírselo.

Se les acercó una silueta humanoide demacrada, vestida con una túnica negra con capucha. De algún modo, era más oscura que el anillo de pavor por el que se deslizaba.

—No he tenido el placer de sentir a un millar de almas exhalando su último suspiro —dijo el lich con su voz rasposa e irregular.

En la oscuridad brillaban dos ascuas furiosas que miraban fijamente a Sylora mientras su silueta temblaba, difuminada por el movimiento de las cenizas mágicas.

—No he sentido el fortalecimiento de mis nuevos dominios, tal y como me prometiste.

Sylora tragó saliva.

—Nos topamos con enemigos...

—Ya conozco tu fracaso —la voz de Szass Tam se estiró como si fuera una garra buscando su corazón—. Sé lo de la batalla en las minas enanas. Lo sé todo.

—Hay muchas razones —soltó Sylora—. ¡Y la batalla aún no está perdida!

Sylora hizo una pausa y después esbozó una mueca de dolor, pensando que no había sido muy sabia al elegir sus últimas palabras.

—Yo estaba allí —le aseguró Szass Tam—, mirando a través de otros ojos. La magia se ha restablecido. El primordial de fuego ha vuelto a ser capturado y no volverá a ser liberado en breve, ni fácilmente.

Sylora bajó la mirada y hundió los hombros todavía más.

—Te he fallado —dijo.

Se quedó allí de pie durante un buen rato, esperando que le recriminara, esperando una muerte terrible.

—Así es —dijo por fin Szass Tam.

—¡Sólo fue una batalla! —exclamó Jesty a la espalda de Sylora.

Del anillo de pavor surgió un rayo de energía oscura que pasó crepitando junto a la thayana. Jesty salió volando hacia atrás y cayó al suelo, retorciéndose de dolor y con los pelos de punta.

—¿Es valioso? —quiso saber Szass Tam, y Sylora comprendió que era su manera de preguntarle si debería entregarlo al anillo de pavor.

Tardó unos instantes en resolver el acertijo. Podría entregarle Jesty al lich con la esperanza de que su sacrificio bastara...

—Ha probado su valía muchas veces —se oyó decir, no obstante—. Jesty Rallevin ha matado a muchos netherilianos y ha conducido a mis guerreros a numerosas victorias aquí, en el bosque. Me gustaría conservarlo a mi lado.

—¿Te gustaría conservarlo? —replicó Szass Tam.

Una mano invisible salió de las cenizas y agarró a Sylora por el cuello. Ella manoteó, intentando agarrarla, pero no había nada que agarrar, y a pesar de lo incorpórea que parecía, la levantó hasta ponerla de puntillas y tiró de ella hacia la oscuridad. De repente, se detuvo, dejándola colgando mientras ella seguía moviendo los brazos y retorciéndose. Sus ojos desorbitados se abrieron aún más cuando Jesty apareció a su lado de igual manera.

—No me culpes por tu destino, pobre ashmadai —susurró el lich desde el interior del anillo de pavor—. Sylora Salm solicitó tu presencia.

Cuando pronunció la última palabra, otra voz hendió el aire, un grito cantarín que decía:

—¡Arklem! ¡Ark-lem! ¡Greeth, oh, dónde estás! No te veo, Arklem. ¡Ark-lem! Pero tú sí me ves... ¡Oh, sé que me ves! Por supuesto, lo ves todo.

Sylora cayó al suelo, incapaz de mantener el equilibrio. Junto a ella, Jesty se desplomó y se quedó allí, jadeando, todavía tembloroso por el relámpago negro. Szass Tam rió desde el interior del anillo de pavor.

El constante balbuceo a sus espaldas atrajo la mirada de Sylora. La lich Valindra Shadowmantle se deslizaba por entre los esqueletos de multitud de árboles frutales. Se daba golpecitos en la barbilla con los dedos medio podridos en tanto divagaba con su compañero invisible Arklem Greeth, como si estuviera sacando a la luz algún oscuro secreto que el mundo aún no había conseguido descifrar.

Avanzó hasta situarse junto a Sylora antes incluso de fijarse en la hechicera, el ashmadai o el anillo de pavor y el ser formidable que se hallaba en su interior.

—¡Oh! —le dijo a Sylora—. Vaya, buenas tardes. Dichosos los ojos. ¡Y qué buen día hace! ¿Has visto a Arklem?

Szass Tam dejó escapar una risa socarrona.

—¿Y quién es ése? ¿Quién es ése? —preguntó Valindra—. ¿Eres tú, Arklem?

—Es Szass Tam, Valindra —dijo Sylora con voz tranquila—, el archimago lich de Thay.

—No es necesario que nos presentes —dijo Szass Tam—. Hola, de nuevo, señora Shadowmantle. Disfruté mucho de nuestra comunión en la fortaleza enana.

Sylora iba a preguntar sobre aquello, pero se mordió la lengua y miró con incredulidad a Valindra, la espía de Szass Tam.

—¡Ah, hola!, ¡dichosos los ojos otra vez! —respondió Valindra—. ¡Lo utilicé!

—¿Cómo? —preguntó Sylora, mirando alternativamente a Valindra y a Szass Tam—. ¿Qué fue lo que utilizaste? —añadió, girando la cabeza hacia atrás para mirar a la lich elfa que estaba junto a ella.

—Todavía lo tengo —le aseguró Valindra a Szass Tam.

Al mismo tiempo, abrió uno de los pliegues de la túnica y sacó el cetro de Asmodeus, un poderoso artefacto de invocación que Sylora le había prestado en su viaje hasta la guarida del primordial.

Sylora fue a coger el cetro instintivamente, temiendo que al archimago lich lo enfureciera el hecho de que le hubiera dejado semejante objeto a uno de sus subordinados.

—Bien, Valindra, e hiciste muy bien invocando al demonio de las profundidades —respondió Szass Tam, evitando que Sylora cogiera el artefacto—. Valindra pudo controlarlo fácilmente; con una facilidad fruto de la práctica. Tiene mucho poder a pesar de su..., su afección.

Sylora asintió estúpidamente.

—Sylora lo sabe... ¡Oh, no seas tonto! —soltó de repente Valindra, y se rió como loca—. Es mi amiga. Me ha estado recordando la época... ¡Oh!, ¿por qué no puedo recordar aquella época de poder y juegos, de la misma magia y la magia distinta?

—Fue antes de la Plaga de los Conjuros —tradujo Sylora—. Su dolencia la ha confundido, pero no ha borrado los poderes que tenía antes de la caída del Tejido de Mystra.

—¿Y qué importancia tiene eso?

—Puedo traer el pasado hasta el presente —respondió Valindra con una voz sorprendentemente tranquila, antes de que Sylora pudiera hacerlo.

—¿Viste lo que ocurrió en las minas enanas? —le preguntó Sylora a Szass Tam.

—En parte.

—Me dijeron que a mis subordinados los atacaron unos enemigos formidables —dijo Sylora.

—Hiciste mal al enviar un contingente tan escaso —replicó Szass Tam.

—El demonio de las profundidades —protestó Sylora—. ¡Valindra! Y Dor'crae, que era mi segundo al mando.

—Hiciste mal en enviar un contingente tan escaso —repitió Szass Tam, poniendo énfasis en cada palabra con un tono cortante, como si cada una fuera un veredicto, una sentencia y un dictamen al mismo tiempo.

Sylora bajó la mirada.

—Tienes razón, mi señor.

—Más que suficiente, si no hubiera sido por el poder residual de la Torre de Huéspedes del Arcano —respondió Valindra—. La culpa es mía, y no de la dama Sylora.

Sylora y Jetry se quedaron atónitos ante las palabras súbitamente convincentes de Valindra.

—Debería haberlo sabido. ¡Claro que sí! —Valindra comenzó a dar golpecitos con los dedos y su cabeza empezó a temblar. Dejó escapar un profundo suspiro—. Fui yo, por supuesto. Conozco la Torre de Huéspedes... ¡mejor que nadie! ¿Así que por qué no pensé que sería tan poderosa en ese momento, en la fortaleza de los enanos? ¡Ay, Valindra! —dijo, y se abofeteó la cara—. ¡Oh, Arklem! ¡Ark-lem, Ark-lem! Arklem, ¿dónde estás? ¡Greeth, Greeth, te necesito!

Sylora se giró hacia Szass Tam y levantó las manos en un gesto de impotencia.

—¡Valindra! —rugió el archimago lich, que mejoró mágicamente su voz para que sonara como el bramido de un dragón.

Sylora y Jesty se vieron obligados a cubrirse los oídos con una mueca de dolor.

—¿Sí? —respondió dulcemente, al parecer insensible al volumen ensordecedor.

—¿Culpa tuya?

—Debí advertir a lady Sylora.

—¿Por qué no lo hiciste?

Sylora esbozó una mueca de dolor.

—¡Necesitaba el poder! —chilló Valindra, temblando violentamente mientras agitaba los brazos descarnados—. ¡Greeth! ¡Greeth! Para Greeth, por supuesto.

Sylora no sabía si estaba hablando con ellos, consigo misma o con algún tercero que no estuviera a la vista.

—Para traerlo de vuelta. Fui mala; no fui buena, no fui buena. Arklem Greeth... ¡Ark-lem! ¡Ark-lem!... en el cuerpo de un gran demonio. ¡Oh, cuán maravilloso hubiera sido eso!

—¿Qué es lo que está balbuceando? —quiso saber Szass Tam.

—¿Valindra? —preguntó Sylora con voz tranquila, entrando en el campo de visión de la lich trastornada y obligándola a que la mirara—. ¿Querías trasladar a tu amado a la forma corpórea de un demonio de las profundidades?

—¡Herejía! —exclamó Jesty, o casi llegó a hacerlo antes de que otro rayo oscuro lo golpeará y lo arrojara a unos seis metros de distancia. Se quedó sentado en el suelo, nuevamente con los pelos de punta y los dientes castañeteando.

—Una palabra más y te devoro —le prometió Szass Tam.

—¡Oh, Arklem en un cuerpo tan poderoso! —Valindra dio una palmada—. Lo hubiera traído hasta mí a través de los zarcillos de la Torre de Huéspedes, ¿sabes? Debía meterlo en el cuerpo del demonio cuando éste estuviera debilitado. ¡Pero ese Jarlaxle! ¡Oh, maldito drow!

—¿Sylora? —dijo Szass Tam.

—Al parecer, de algún modo, pretendía liberar a Arklem Greeth de su filacteria —le explicó Sylora—, para que poseyera la forma del demonio al que había invocado.

—¡Oh, qué gran guerrero hubiera sido! —exclamó Valindra, y volvió a dar una palmada—. ¡Cualquiera que hubiera logrado huir del volcán se hubiera encontrado con una muerte aún más oscura!

Sylora se apartó de ella y dirigió la vista hacia el anillo de pavor, temiendo que Szass Tam echara mano de algún poder inefable para destruir a Valindra allí mismo.

—¡Y, ah, qué gran amante! —exclamó Valindra, a lo que Sylora se volvió bruscamente, sin dar crédito a lo que oía—. ¡Amor mío! ¡Amor mío! ¡Cómo te echo de menos! —Y se embarcó de nuevo en una de sus letanías de «Ark-lem».

—¿Fracasamos en Gauntlgrym porque esa loca de atar quería tener a un demonio de las profundidades por amante? —gimió Szass Tam.

—Nuestros enemigos en la fortaleza enana eran poderosos —respondió Sylora.

—¿Nuestros enemigos, y aliados de los netherilianos? —preguntó el archimago lich.

—No —señaló rápidamente Sylora—, aliados de los fantasmas enanos, al parecer.

—Dame una razón para no matarte en este mismo momento y destruir a esa criatura miserable contigo.

—¡Dahlia! —respondió Sylora—. Porque fue Dahlia Sin'felle la que lideró a nuestros enemigos en la defensa de las minas y los ayudó para que volvieran a capturar al primordial. Como me temía, una bruja inútil. ¡Deberíamos haber acabado con ella en Thay!

—¡Valindra! —ordenó Szass Tam con su voz mágicamente mejorada.

Valindra se enderezó y miró directamente a la fuente de la orden, con la mirada limpia y sin balbuceos.

—¿La culpa del fracaso fue tuya? —preguntó Szass Tam.

—Debí advertir a Sylora. —La lich bajó la mirada.

—No la destruyas, te lo ruego —dijo Sylora en voz baja.

—Todavía me estoy planteando si debo destruirte a ti —respondió con un gruñido.

—¡Así que te debo una catástrofe! —dijo Valindra— ¡Y será una muy buena!

Sylora apenas podía distinguir la forma de Szass Tam, pero estaba segura de que el archimago lich se había quedado anonadado con Valindra.

La lich, que volvió a canturrearle a Arklem Greeth, desapareció entre los esqueletos de los árboles.

—Esperaba que a estas alturas ya hubieras tomado la ciudad —comentó Szass Tam.

—Está totalmente guarnecida —contestó Sylora— con valerosos guerreros.

—Conviértelos en soldados de tu ejército zombi —le ordenó el archimago lich, a lo que Sylora asintió e hizo una reverencia.

—Ahora, el anillo de pavor te otorgará poder —le explicó Szass Tam—. Ya es lo bastante fuerte como para lanzar hechizos, crear y transformar.

—No me atrevía a sacar nada de él, por miedo a restarle poder —dijo Sylora, todavía con la vista fija en el suelo.

—Saca sólo lo necesario para fortalecerlo —dijo Szass Tam—. Al parecer, te vendrá bien la ayuda.

Sylora se encogió, pero intentó no dar ninguna otra muestra de debilidad. El archimago lich no toleraba la debilidad.

—¿Vives en el bosque?

Asintió con la cabeza.

—Tenemos cuevas. De vez en cuando nos hacemos con una granja.

—¡Qué primitivo! Encantador. ¡Ah!, si por lo menos hubierais conquistado ya la ciudad...

Sylora le lanzó una mirada amenazadora muy a su pesar.

Szass Tam rió.

—Eres una de mis lugartenientes favoritas —dijo—, ¿y vives en una cueva? —suspiró con voz áspera, y algo salió volando del anillo de cenizas.

La thayana se encogió de nuevo, pensando que iba dirigido a ella, pero el misil, que era una ramita ennegrecida, cayó a sus pies sin causar daño alguno.

Volvió la vista hacia Szass Tam, confusa, y se inclinó lentamente para recoger el objeto. No pudo evitar sonreír tan pronto lo tocó, ya que pudo sentir una clara conexión con el anillo de pavor, y los poderes del extraño cetro se le representaron mentalmente: hechizar, crear, transformar.

—¡Construye una fortaleza! —le chilló Szass Tam.

—No quería...

—¡No volváis a fallarme! —ordenó el archimago lich—. ¡Ninguno de los dos!

Se oyó un crepitar y una repentina réplica, seguida de una luz brillante que salió del anillo de pavor.

A continuación, el archimago lich había desaparecido, y el anillo de pavor recobró su tono ceniciento.

Sylora Salm respiró más tranquila.

—¿Qué acaba de pasar? —preguntó Jestry, confuso, tras atreverse a acercarse una vez más a Sylora.

—Valindra nos ha salvado la vida —respondió.

—Ciertamente, lo he hecho —respondió Valindra, sorprendiéndolos a ambos.

Parecía haber salido del interior del tronco de un árbol cercano, bidimensional como una sombra. Volvió a su forma original y les dirigió una mirada clara y de expresión lúcida.

—Y ahora, Valindra debe provocar una catástrofe. ¡Oh, será todo un placer!

Dicho eso, su expresión se transformó en una sonrisa desquiciada, malvada e incluso feliz, mientras se alejaba una vez más.

Sylora tragó saliva con dificultad.

—O no está tan loca —susurró Jestry tras un largo, largo silencio—, o quizás está demasiado loca.

Herzgo Alegni caminaba erguido esa mañana, más que en muchos días turbulentos. Sus exploradores habían vuelto con las buenas noticias. El primordial que habitaba en la antigua patria de los enanos había vuelto a quedar confinado en su agujero, y una hueste de poderosos elementales de agua se arremolinaba alrededor de las paredes del foso. El plan de Sylora Salm había fracasado. No habría un segundo volcán que alimentara su anillo de poder. Los terremotos no resquebrajarían la tierra bajo sus pies ni arrojarían sus ambiciones al fondo de un oscuro foso.

El tiflin superaba con creces los dos metros de estatura, y eso sin contar sus cuernos curvos, que parecían los de un carnero. Se subió el cuello rígido de la capa, dejando a la vista su interior rojo satinado. Le gustaba el modo en que ese rojo brillante resaltaba sus ojos demoníacos, además de hacer juego con la mortífera espada que llevaba colgada al cinto, sobre la cadera izquierda. Sacó pecho, ya que tenía unos pectorales bien desarrollados, y se le abrieron más los cordones del chaleco. Se echó la capa negra hacia atrás, por encima del hombro izquierdo, y salió de la tienda con paso seguro.

Dio un paseo por el saliente, que estaba situado a gran altura, y se detuvo a la sombra de un gran roble. Estando allí se fijó en un grupo de sus subordinados shadovar.

—¿Dónde está Barrabus? —preguntó.

Los tres se miraron temerosos e inseguros.

—¡Id a buscarlo! —exigió Alegni—. ¡Traédmelo!

Los tres tropezaron unos con otros al intentar alejarse atropelladamente, y mientras se dispersaban, hablaron con otros shadovar que se fueron encontrando por el camino y que, tras mirar a Alegni,

también echaron a correr. Herzgo Alegni esperó a que todos se hubieran perdido de vista antes de permitirse sonreír abiertamente ante el espectáculo que provocaba su poder.

Poco después, el único hombre a las órdenes de Herzgo Alegni que no salía corriendo a cada palabra suya llegó caminando tranquilamente. Era por lo menos treinta centímetros más bajo que el tiflin e iba mucho menos adornado (llevaba tan sólo una hebilla de cinturón con forma de diamante y una espada y una daga, aparentemente comunes, que colgaban cada una sobre una cadera), pero a pesar de ello aquel hombre de cabello negro y piel cenicienta no parecía en inferioridad de condiciones con respecto al poderoso tiflin netheriliano. Estaba de pie, con uno de los brazos doblado de tal manera que su antebrazo descansaba sobre la empuñadura de la espada, mientras que el otro le colgaba al costado del cuerpo. Hacía girar una manzana verde aún entera en la mano, y de vez en cuando, la lanzaba al aire y volvía a cogerla sin siquiera mirarla.

—Los exploradores han regresado de la fortaleza enana —lo informó Alegni.

—Lo sé. Nuestros enemigos han fracasado.

—¿Has hablado con ellos? —quiso saber Herzgo Alegni, con una mirada furibunda y al mismo tiempo decepcionada—. ¿Han hablado contigo?

—Suelen hacerlo —respondió igualmente.

Barrabus el Gris apenas pudo contener una sonrisa. Le complacía saber que Alegni castigaría con severidad a los exploradores que acababan de volver por semejante violación del protocolo (quizás incluso mataría a unos cuantos). Pensar en varios shadovar siendo torturados hasta la muerte no era algo que preocupara a Barrabus el Gris. Todo lo contrario.

No había hablado con nadie, naturalmente. ¿Por qué iba a necesitarlo para deducir la solución de un acertijo tan sencillo como el que tenía delante, en la forma del engreído señor netheriliano? El fracaso de los acólitos de Sylora era de esperar. Había visto a sus

enemigos, incluido Drizzt Do'Urden, y a Bruenor Battlehammer, en el propio cuenco de escudriñamiento de la hechicera.

Herzgo Alegni masculló unos cuantos juramentos.

—Éste es nuestro momento —dijo—. Nuestro enemigo se tambalea, y su situación sería peor si no hubieras fracasado en la tarea que te encomendé.

Barrabus le dedicó una graciosa reverencia por toda respuesta. Efectivamente, lo habían enviado a matar a Sylora, y debería haberlo hecho; lo habría hecho, sin duda, si no hubiera interferido la imagen del cuenco de escudriñamiento, que lo había confundido enormemente y había despertado en él emociones largo tiempo olvidadas, hasta el extremo de estar a punto de caerse del árbol en el que se ocultaba y acabar en medio del campamento.

Se deshizo de aquel recuerdo, temiendo quedar atrapado en lo que aquello implicaba estando tan cerca de un Herzgo Alegni furioso.

—Quizás debería enviarte de vuelta con ella, para terminar el trabajo —dijo Alegni.

—Lo más seguro es que redoblen la guardia, que ya de por sí es impenetrable.

—Estoy seguro de que eso no asusta a alguien tan astuto y poderoso como Barrabus el Gris —respondió con tono sarcástico, tal y como era de esperar.

Barrabus se encogió de hombros.

—En vez de eso tú reunirías a tus subordinados y atacarías a los acólitos de Sylora con todo —razonó.

—Se me ha ocurrido, sí.

—Y a mí, y sin duda también a Sylora. Esa hechicera no tiene un pelo de tonta.

—¿No crees que sea el momento de atacar?

—Creo que es Sylora la que debe hacerlo, y deprisa —dijo Barrabus—. Se ha quedado sin su catástrofe y necesita crear otra nueva.

Alegni lo miró con curiosidad.

—Sirve a Szass Tam, o al menos eso es lo que me has contado —explicó Barrabus—. Su objetivo es completar el anillo de pavor. Según he oído, el archimago lich no lleva bien lo del fracaso.

Herzgo Alegni, que claramente estaba intrigado, fue andando hasta el roble y después rodeó su grueso tronco.

—¿Nos atacará? —preguntó mientras daba la vuelta para mirar a Barrabus una vez más.

—¿Qué harías tú en su lugar? —dijo Barrabus—. Tu anillo de pavor exige que lo alimentes. Necesitas carnaza a gran escala, y deprimas. ¿Atacarías a un ejército que ya te está esperando?

Alegni sonrió de oreja a oreja.

—Con una ciudad llena de hombres y mujeres... —dijo, continuando con el razonamiento—. Antes atacaría Neverwinter.

Barrabus volvió a encogerse de hombros.

—¡Ve a confirmarlo! —chilló Alegni.

Barrabus el Gris sonrió e hizo una reverencia, contentísimo de que pudiera retirarse. Sin embargo, apenas había avanzado unos pasos cuando se giró para mirar al tiflin.

—De nada —comentó Barrabus el Gris.

—No te he dado las gracias.

—Pero conoces mi valía. Tu frustración lo deja bastante claro. Eso es agradecimiento suficiente.

Alegni se mofó de la idea, y lo hizo aún más cuando Barrabus añadió:

—Me devolverás mi daga, mi señor, para que pueda servirte mejor. El tiflin frunció el ceño.

—Llegarás a darte cuenta de lo sabia que sería esa decisión —le prometió Barrabus, que se echó a reír y se marchó.

La alegría del hombrecillo se iba desvaneciendo a medida que se alejaba de Herzgo Alegni. Odiaba realmente a ese tiflin más de lo que había odiado a criatura viva o no muerta alguna. Pero Alegni tenía la espada, así que Barrabus no podía ir contra él. Esa maldita espada, tan en consonancia con él que preveía cada uno de sus movimientos.

Ese vil artefacto, que lo dominaba con tanta facilidad, y que tan fácilmente lo destruiría si ella o su portador así lo quisieran.

Si sólo se tratara de morir, Barrabus hubiera forzado la mano de Alegni mucho tiempo atrás y habría recibido gustoso su escurridiza *recompensa*. Sabía que la espada, a la que ahora se conocía simplemente como Garra, haría mucho más que matarlo. Lo borraría completamente y esclavizaría los fragmentos de su alma para toda la eternidad. Se alimentaría de su energía vital y se fortalecería tan sólo por matarlo. O lo mataría y lo resucitaría, para que pudiera volver a atormentarlo.

Sí, Barrabus odiaba a Alegni, y odiaba aquella espada de filo rojo, pero lo que más odiaba era la impotencia y la servidumbre. Sólo en una ocasión anterior, a lo largo de las muchas décadas que había vivido, Barrabus el Gris había sentido la misma impotencia: en Menzoberranzan, la ciudad drow. Tras escapar de aquel oscuro lugar, juró que jamás volvería a servir de esa manera.

La espada a la que llamaban Garra y los señores netherilianos que la reclamaron como suya le habían robado ese juramento junto con su libertad.

—Por ahora —se prometió Barrabus mientras vagaba por el Bosque de Neverwinter.

Pensó en su daga, un arma que había sido su seña de identidad durante la mayor parte de su vida, que había despertado el miedo en los corazones de fornidos guerreros y otros asesinos desde Calimport hasta Luskan y todos los territorios intermedios. Sabía que Alegni no se la devolvería jamás... Incluso teniendo a Garra, Herzgo Alegni no se fiaba de Barrabus el Gris, y no le ofrecería ayuda alguna en forma de magia tan poderosa. Aun así, solía pensar en la gran lucha que se produciría en el caso de que llegara a recuperarla. La utilizaría para robarle la fuerza vital a Alegni al mismo tiempo que Garra le robaba la suya. Creía que él sería más fuerte y que, incluso si los dos morían en la batalla, resultaría un final muy apropiado.

—Por ahora —volvió a decir.

—Sylora no sabe que tengo esto —susurró Valindra Shadowmantle, dejando escapar una risita.

Sostuvo en alto la gema, del tamaño de un puño y con forma de calavera. El fuego de su existencia de no muerta brillaba en sus ojos y se reflejaba en las cuencas vacías de la gema.

—Se la robé —explicó Valindra, que aparentemente hablaba sola. Luego, sus risitas se intensificaron.

La calavera era su filacteria, la vía de escape de su alma frente a la fragilidad de su marchito envoltorio mortal. En el caso de que el cuerpo de Valindra quedara destruido, residiría allí hasta que pudiera hallar otro.

Pero aquella gema en particular era más que eso. Era un artefacto antiguo, que formaba parte de una pareja, y que hacía las veces de poderoso conductor mágico. Arklem Greeth, ¡el adorado Greeth de Valindra!, residía en la otra, aunque Valindra no tenía ni idea de dónde podían encontrarse ni la gema hermana ni él.

Había intentado averiguar su localización, por eso se había atrevido a robarle el artefacto a Sylora en primer lugar. Había mirado en el interior de la filacteria y su visión la había llevado más allá, hasta la fuga entre el territorio de los vivos y los muertos en busca de Greeth, pero en su lugar había encontrado a alguien más, a un poderoso espíritu no muerto que recientemente se había quedado sin cuerpo. El espíritu había volado de prisa, alejándose de ese plano de existencia en busca de su justa recompensa o castigo, pero Valindra había sido más rápida y, sirviéndose de la gema, había atrapado al espíritu aterrorizado y le había ofrecido un hogar, un ancla, una filacteria.

—Ven, amigo —lo llamó Valindra, frotando la gema en forma de calavera—. Ven, te necesito. Lo sé, lo sé... ¡Greeth, Greeth!... No puedes volar sin la gema durante mucho tiempo, ¡pero sí el suficiente, creo!

No ocurrió nada.

—Ven, o entraré ahí a buscarte —advirtió la lich de repente, con voz sombría.

Las cuencas vacías de la gema brillaron con llamaradas rojas y, de su boca esquelética, salió una ráfaga de viento frío.

El espíritu, de aspecto penoso y asustado, aunque lleno de ira, brilló en el aire frente a Valindra. Su ira se debía a la impotencia, ya que era un fantasma incorpóreo, un malévolo e inútil susurro de rabia.

—Korvin Dor'crae —cacareó Valindra, llena de gozo—. ¡Oh!, tienes que ayudarme.

«¿Por qué habría de hacerlo?», respondió el vampiro sin cuerpo en la mente de Valindra.

—Porque si lo haces, te otorgaré más poderes de la gema —lo tentó la lich—. Y los podrás usar para poseer a otros, para robar un cuerpo y darle forma a tu... energía.

El fantasma del vampiro no respondió con palabras, pero Valindra pudo sentir su ansiedad, su desesperación. Se dio cuenta de que Dor'crae había visto cuál era su justa recompensa y que, aparentemente, haría cualquier cosa con tal de evitar ese destino final.

—Eres mis ojos en el viento —le explicó Valindra—. Szass Tam me exige un cataclismo, así que eso es lo que debo darle. Sal en busca de Gauntlgrym y vuelve a mí con noticias del primordial.

«Está muy lejos, no tengo mucho tiempo.»

—Viaja como el viento —dijo Valindra entre risas—. ¡Ve! ¡Y vuelve! Y después seguirás buscando. ¡Debo saber más! ¡Greeth! ¡Greeth! ¡Oh, he sido una niña mala! ¡Debo organizar una matanza muy grande! Tengo que saber más de los que me rodean para organizar el cataclismo, y tú eres mis ojos.

Se calló bruscamente y contempló con curiosidad la gema en forma de calavera. A continuación se puso a mirar a su alrededor y le llevó unos instantes darse cuenta de que Dor'crae ya se había marchado.

«Bien», pensó.

—¿Qué significa? —le preguntó Jestry a Sylora en privado menos de diez días después de su encuentro con Szass Tam.

Había un grupo de ashmadai cerca, que a su vez mantenían sus propias conversaciones acerca de la misión.

—Valindra quiere complacer a Szass Tam, y nosotros vamos a permitirle buscar su propio modo de hacerlo.

—¿Por qué habrías de confiar en esa lich loca? —respondió Jestry, meneando la cabeza a cada palabra y claramente asqueado de tener siquiera que mencionar a Valindra Shadowmantle.

—¿Ya te has olvidado de la visita que nos hizo Szass Tam? —respondió con sarcasmo.

—No, pero...

—¿Y de que Valindra desvió hacia ella toda la ira que sentía contra nosotros?

—¿Crees que lo hizo para beneficiarnos? —preguntó Jestry.

Sylora se le quedó mirando con expresión confundida, como si la respuesta fuera evidente.

—Sencillamente creo que Valindra está como una cabra —respondió Jestry.

Por un instante, le pareció que Sylora iba a aniquilarlo con una descarga de electricidad, o con algún otro poderoso conjuro. Jestry tragó saliva. Se dio cuenta de que estaba siendo bastante atrevido. ¿Cómo osaba hablarle de aquel modo? Sin embargo, ella se relajó rápidamente e hizo un gesto de asentimiento. Jestry suspiró. Sylora debía valorarlo como un consejero honesto si le permitía decir lo que pensaba.

—No tiene ni idea de lo peligroso que es admitir semejante fracaso ante el archimago lich. —No pudo evitar levantar la voz durante un instante antes de recapacitar y volver a los susurros—. No hacía más que divagar, y la admisión de su fracaso apenas era coherente.

—No —dijo Sylora con voz neutra—. Subestimas a Valindra Shadowmantle por tu cuenta y riesgo.

—¿Subestimar? ¡Me aterroriza esa criatura!

Había vuelto a elevar el tono de voz, y unos cuantos ashmadai lo miraron, pero después, sabiamente, volvieron a prestar atención a sus propias conversaciones.

—Subestimas el poder de su mente —le explicó Sylora—. Sobrevivió a su involuntaria conversión en lich y a la Plaga de los Conjuros, y eso no es poca cosa. He hablado con ella largamente acerca de sus primeras épocas tras la caída de Arklem Greeth. Sí, estaba bastante trastornada, pero un psiónico drow la ayudó a recobrar la razón.

—Balbucea, canta, es... impertinente —argumentó Jestry.

—Permite que la locura se expanda. La libera, y lidia con ella, para después seguir con retazos de la realidad. Nos salvó de Szass Tam de manera consciente.

—¿Por qué? —preguntó.

—Porque sabe que aún no está preparada para asumir el mando de los ashmadai del Bosque de Neverwinter, ni es capaz de hacer que el anillo de pavor rinda frutos. Valindra me necesita, porque si no, Szass Tam se sentirá mucho más decepcionado que por el fracaso de Gauntlgrym.

—¿Y cuando ya no te necesite?

—Me complacerá aceptar mi victoria para Szass Tam, volveré a Thay y dejaré a Valindra como comandante en la Costa de la Espada.

—Te destruirán —insistió Jestry, pero Sylora meneó la cabeza con expresión confiada.

—He hablado largamente con ella —repitió con expresión grave—, y he estudiado la historia de Valindra Shadowmantle, antaño señora en la legendaria Torre de Huéspedes del Arcano. Estaba muy dotada en vida, y llegará a ser aún más poderosa en la no muerte, cuando su mente se recupere.

Jestry dio un paso atrás y observó cuidadosamente a Sylora.

—La ves como un medio para alcanzar la inmortalidad —dijo, y de repente, emitió un grito ahogado, pues claramente temía haber ido demasiado lejos en esa ocasión.

Pero Sylora sonrió abiertamente.

—Apenas tienes veinte años, y yo estoy cerca de la mediana edad —le explicó la hechicera—. Algún día lo entenderás. Ahora, márchate.

Sylora señaló hacia el camino, que parecía un túnel bajo los árboles ennegrecidos que se alineaban a ambos lados, con las ramas entrelazadas de manera tan apretada que ni siquiera la luz de la luna llena podía traspasarlas.

—Vas a realizar la invocación de los demonios —dijo Jestry—. Me gustaría presenciar la gloria de tu llamada a los Nueve Infiernos.

—No habrá invocaciones esta noche —le aseguró.

A continuación, con una sonrisa de complicidad, miró a un lado y asintió cuando la lich Valindra salió deslizándose de entre las sombras, con el cetro de Asmodeus en la mano.

—Utilizando algún tipo de magia que desconozco, quizás gracias a los lazos que unen el cetro con los Nueve Infiernos, o quizás mediante la gema que permití que se llevara de mi tienda, Valindra ha sentido algo extraño a las afueras de Neverwinter —anunció Sylora, dirigiéndose a Jestry y al grupo de ashmadai que estaba listo frente al túnel de árboles—. La escoltaréis del modo que pida. ¡Haréis cualquier cosa que ella os solicite! —terminó con voz potente y poderosa, en un tono claramente amenazador.

—Pero tú no —le susurró a Jestry entre dientes—. Tú serás mis ojos y mis oídos y nada más, diga lo que diga Valindra. A ti sólo te pido que vuelvas a mí con un informe detallado de lo que ocurra esta noche. —Se volvió para mirarlo, interponiéndose entre él y los demás ashmadai—. No permitiré que mi amante sea asesinado por una lich, para después tener que traerlo de vuelta frío e inservible para mis propósitos.

A Jestry le costaba respirar. ¿Su amante? ¿Era eso posible? ¿Por fin le estaba ofreciendo lo que más había deseado desde el día en que Szass Tam había puesto bajo su mando el escuadrón de ashmadai?

Sylora se volvió para mirarlo una sola vez.

—No me decepciones —susurró con voz ronca—. Tú y yo conoceremos juntos una gran gloria, y mucho placer.

A continuación, se cruzó con Valindra, que pasó junto a ella con una risita nerviosa, murmurando algo que Jestry, distraído como

estaba, no llegó a captar..., aunque tampoco era que le estuviera prestando demasiada atención. Simplemente se quedó ahí de pie mientras Valindra pasaba flotando también junto a él y le decía:

—¡Greeth, Greeth, en marcha!

Pero era incapaz de apartar la vista de la espectacular Sylora Salm. El cuello alto y rígido de su vestido enmarcaba perfectamente su cabeza rapada, y su piel suave y untuosa brillaba a la luz de la luna. A Jestry le pareció que esa cabeza era un orbe perfecto sostenido por el pedestal del cuello, y se encontraba tan transido que tardó unos instantes en recorrer con la vista sus formas curvas y bien proporcionadas, hasta llegar a la abertura de su vestido a la altura de la espalda, donde se detuvo una vez más. El corazón le daba un vuelco a cada destello de piel blanca, que reflejaba la luz de la luna con el balanceo de su andar seductor.

Su amante, había dicho, provocándolo.

Su amante.

Debía tener éxito, debía sobrevivir a aquella noche llena de peligros. Respiró hondo, se tranquilizó y recobró el control propio de un ashmadai. Incluso consiguió apartar la mirada de Sylora, que ya se estaba alejando, y darse la vuelta... Y entonces vio que Valindra y los demás ya habían emprendido la marcha.

Comenzó a correr, pero apenas había avanzado un paso cuando volvió a mirar hacia atrás, a la mujer a la que tanto deseaba.

Sin embargo, ya había desaparecido entre las sombras de la noche.

Jestry Rallevin tuvo que recordar quién era, y el omnipresente peligro que lo rodeaba, al igual que a su querida Sylora Salm. Se habían enfrentado a Szass Tam y apenas habían logrado escapar a su furia asesina.

Tenían que empezar ganando. Sylora necesitaba la carnaza para alimentar a su anillo de pavor. Jestry debía conseguirlo para ella.

Para ambos.

Corrió por el oscuro túnel arbóreo hacia la lejana luz de las antorchas.

Sylora Salm se alegró de quedarse sola, por fin. Sacó el extraño cetro de madera negra de un pliegue de la túnica y lo sostuvo frente a sus ojos centelleantes.

Pudo sentir la energía que contenía, vibrante y poderosa. Era un canal hacia el anillo de pavor, un cetro oscuro para una reina oscura.

Volvió la mirada hacia el complejo de cuevas que ella y sus ashmadai llamaban hogar y se le presentó una imagen. Justo a la izquierda de la entrada, detrás de las rocas frontales de la cueva, había un pequeño árbol muerto, tan sólo un tronco retorcido con una única rama rota que señalaba hacia adelante, como si fuera un centinela situado a la entrada de la cueva.

Sylora subió por las rocas para llegar junto al árbol muerto. Le dio un golpecito con el cetro de madera en el tronco ennegrecido y dejó escapar un grito ahogado cuando la recorrió una explosión de energía. Sintió un cosquilleo en los dedos, y del cetro salió despedida gran cantidad de ceniza que roció el árbol muerto y lo cubrió de negro.

La tierra tembló violentamente y al otro lado de la pequeña colina se desprendió un pedrusco que cayó rodando.

Sylora miró a su alrededor sin comprender nada.

La tierra volvió a temblar. El árbol esquelético comenzó a crecer.

La hechicera se apartó, y a punto estuvo de tropezar y caer al suelo.

El árbol se ensanchó y, con un potente sonido chirriante, creció hacia arriba tres metros, seis, nueve. La colina emitió un quejido y las rocas comenzaron a rodar hacia abajo. Se oyó un grito que provenía del interior de la cueva, y un ashmadai salió tambaleándose hasta la entrada, tosiendo y cubierto de tierra.

—¡Lady Sylora! —gritó.

Ella estaba de pie frente a una torre de ceniza, una torre que se parecía mucho a un árbol muerto y desnudo. A gran altura sobre el claro, debajo de lo que había sido una rama rota, se había abierto una abertura dentro de la torre, formando una terraza cubierta.

El ashmadai volvió a llamarla, pero Sylora no le hizo ningún caso. Bajó por la falda de la colina sin dejar de mirar la torre de ceniza con forma de árbol. El cetro que sostenía en la mano pedía más.

Así que Sylora, aturdida por tanto poder, aceptó. Se alejó unos cincuenta pasos de la cueva y dibujó una línea en el suelo con la punta del cetro, su canal con la magia ávida del anillo de pavor. Para cuando hubo completado la primera mitad de su semicírculo, dirigiéndose hacia un lateral de la colina rocosa, los puntos iniciales de las marcas que había hecho borboteaban con lava mientras el anillo de pavor se hundía en la tierra, sacando el poder residual del cataclismo que había tenido lugar hacía décadas.

Dejó un espacio vacío de tres metros antes de marcar la segunda mitad de su creación, y cuando hubo terminado con esa línea curva, la primera pared había empezado a surgir de la tierra. La piedra fundida se agitaba y se replegaba sobre sí misma a la vez que crecía la pared, que alcanzó tres metros de altura y siguió subiendo.

Sylora reía ilusionada, como una niña con juguetes nuevos, y rió aún más fuerte cuando el fanático volvió a llamarla, rogándole que le diera una explicación.

La respuesta llegó gradualmente a medida que Sylora Salm completaba la muralla, construía un estrecho canal que surgía del espacio vacío, convertía los pedruscos en estructuras más pequeñas, y dos arbolillos muertos, en pequeñas torres vigía que daban a la muralla.

Llegaron más fanáticos provenientes del bosque cercano, todos con los ojos abiertos como platos, algunos incluso arrodillándose para rezarle a su dios demoníaco, otros apresurándose a entrar para ver a Sylora y hacerle las mismas preguntas.

Pero ella no les dio ninguna explicación; simplemente desapareció en el interior de la cueva.

Unos instantes después reapareció en lo alto de la torre, de pie sobre la abertura de la rama rota, su terraza.

—¿Mi señora? —volvió a preguntar el primer ashmadai.

En su voz había un matiz de veneración. Todos los que habían levantado la vista hacia ella parecían sobrecogidos.

A la hechicera le gustó aquello.

—Contemplad el Claro de las Cenizas —les dijo, utilizando el nombre que se le acababa de ocurrir—. ¡Terminadlo!

Volvió a desaparecer en el interior de la torre y los fanáticos se miraron unos a otros, confusos.

—¡Dobles puertas para la entrada! —aventuró uno de ellos.

—¡Y un tejado! —dijo otro.

Y se pusieron manos a la obra.

En el interior de la torre en forma de árbol, con sus tres pisos y una escalera de caracol, Sylora Salm se reclinó y se puso a escuchar cómo iban y venían absortos en sus tareas. La hechicera había vivido durante una década en el bosque o en cuevas, o en alguna que otra casa abandonada.

Ahora lo comprendía... Szass Tam se lo había dejado muy claro. Desde que había llegado al Bosque de Neverwinter, hacía más de diez años, había considerado su tiempo allí como un paso más hacia algo distinto, algo más grande. Ése había sido su error. Ahora, el anillo de pavor le había hecho ver lo equivocada que estaba, la había obligado a apropiarse de la misión, del lugar y, pronto, de la mismísima Neverwinter.